

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

LA LUCIERNAGA

POR MAURICIO
BACARISSE

DESPUÉS de muchas cosechas de siglos, la tierra se hizo más amable y los hombres fueron más felices. Pero ninguno ignoraba que aquel rosado tiempo era uno de los últimos fulgores del crepúsculo del planeta. Las regiones boreales habían adquirido una extensión prodigiosa y los veranos eran tibios y sutiles. Se hacían peregrinaciones a numerosos geysers abiertos recientemente, que ofrecían al cielo, desmesurado e impasible, la ternura del último calor del globo valetudinario y moribundo. Sus penachos de agua eran vanas y desoladas oraciones. Violentos terremotos arruinaban y envolvían a las poblaciones, como si la tierra estuviera convulsa y temerosa de sus destinos.

Entonces fué cuando la Humanidad aprendió a estimar la vida; estremecida de frío y miedo, vivió emocionada y anhelante, y el amor fué más espléndido y magnífico, porque también le llegaba su hora. Y los hombres se amaron, comprendiendo que la vida quería despedirse, y amándose, trabajaron menos, con lo que la civilización se marchitó y se encendió una grata y perpetua alegría. Los amantes se tendían en los estériles surcos de los campos. Querían reanimarlos, hacer que les envidiaran y, al envidiarse, florecieran. Pero todo estaba condenado irremisiblemente.

En una bahía de curva suave y plateada, en los mares vecinos ya de la zona de los hielos, vivía un hombre joven, pescador y pirata, matador de focas, ladrón y sanguinario. Era el superviviente de un grupo de familias rapadas y feroces, que durante muchos años asaltaron las embarcaciones que se aventuraban hacia septentrión.

Una violenta melancolía devoraba el alma del pescador. Hubiera querido vivir en aquellas centurias en que las civilizaciones urdían la existencia complicada y suntuosa para haber podido avasallarla todo. Su ambición no le dejaba dormir y suspiraba como un enamorado. Predado estaba de la lozanía y el vigor de la vida pasada, de aquella vida que él no había podido gozar. Hubiera deseado dominar sobre las aguas y los continentes, a pesar de lo raídos, escuálidos y despreciables que estaban los países conocidos por él. En los despojos de navíos, ebrio y feliz, hacía relucir los discos de oro de las monedas a los tenues

rayos del sol ya herido de muerte. Redero de la ardorosa vitalidad anterior, se agitaba en las brumas, lleno de brío, de juventud y de ambición.

Una tarde llegaron otros pescadores aventureros, camaradas de piratería, y

cantes marítimos y aterrorizando las costas. La mañana que anclaron en el cálido país, uno de los compañeros del pescador pirata, le entregó algo que él no vió en seguida, pues la luz era más viva de lo que sus ojos acostumbraban

a pasear unas campanitas de oro, con una sonoridad clara y graciosa. En todas las calles había flores. En todas las ventanas se veían muchachas sonrientes.

Por la tarde, vió bailar en la plaza a una doncella, a una niña de pelo dorado y ojos verdes. Había tal donaire en sus brazos y pies, que permaneció frente a ella embelesado, atónito, sin atreverse a desearla, él que deseaba cuanto veía. Y la muchacha sonrió al pescador, y se amaron al punto.

Hacia el mar fueron, paseando asidos de las manos, mirándose a los ojos. No podía él ofrecer a la doncella otro presente que la rosa, y se la entregó, ya mustia. Ella era hermana de las flores; había vivido siempre entre ellas, y, en vez de besarla, como él hubiera querido, la deshojó poco a poco, para interiorizarla sin duda.

Tendido sobre el acantilado, miraba él con pena el martirio de la rosa. Entonces ella, para distraerle, recogió los restos esparcidos, y haciendo sus manos una bolsita con cada uno de los pétalos, empezó a hacerlos estallar en su frente, como si se persignara, produciendo un ruido de besos detonantes.

Crecía la noche. Silencioso el pescador, bajó los párpados, fascinado por el fuego que expandía una fragancia ignota y pueril. El último pétalo se rompió con un sonido musical y celeste. Cuando alzó la mirada, vió que la niña rubia tenía una estrella en la frente, una estrella hermana de las que parpadeaban en la bóveda insondable.

Entonces, tembloroso, le besó los pies, y preguntóle: —¿Cuál es el astro de tu frente?

Una bruma dorada ceñía la cabeza de la danzadora.

—Es la estrella de la inmortalidad—dijo.

Dejó él pasar mucho tiempo, confuso, doblada la cabeza sobre el pecho. Al fin, preguntó con tono violento: —Así, ¿tú no morirás nunca?

Ella no respondió nada. Se acercó amorosa y le ciñó el cuello con los brazos nítidos. Cuando sus labios se separaron, la danzarina no tenía ya el lucero en la frente.

Aquel pirata ansioso, aquel hombre, en el que hervían las insaciables fuerzas de la vida, expresó su deseo a la muchacha de los ojos verdes:

—¿Por qué he de morir yo? ¿Por qué no he de ser inmortal?

JÓYAS DE LA PINTURA HOLANDESA



LA BUENAVENTURA, CUADRO DE J. N. STEEN (1620-1679)

le dijeron que dejara de comer carne de lobo, que fuera con ellos en la nave y le llevarían a un país bañado de sol, en el cual, de cuando en cuando, humeaba un volcán y en el que crecían rosas. El, que nunca había visto un volcán, ni sabía qué eran rosas, se fué con ellos hacia la prometida tierra.

Durante sesenta días y sesenta noches navegaron, haciendo degollina de trafi-

a soportar; algo que le pinchó los dedos. Cuando vió la rosa, quedó maravillado.

Quiso poseer aquella región, como deseaba poseerlo todo, y dijo a sus camaradas que era menester apoderarse del puerto. Prefirieron todos internarse hasta el pie de la montaña e ir a una aldea donde había festejos.

Aquel domingo candoroso y resplandeciente, el pescador, con la rosa en la mano, entró en el blanco pueblo. Doblaban

Y ella le respondió:
—¿Qué es lo que prefieres, mi amor o la inmortalidad?
Y se abrazó a él, llenos de lágrimas los ojos.
—Quiero ser inmortal—rugió el ambicioso.
—Lo serás—anunció ella, con sonrisa iluminada y triste, y en un rosal cercano recogió una luciérnaga, que en su mano brilló como una estrella caída.—Antes de dormir ponla sobre tu corazón, y el mañana de tu despertar no tendrá fin.
Recogió el insecto el ambicioso y se atrevió a decir:
—¿Y cómo me regalarás tu inmortalidad?
—Porque te adoro.

—
Cuando el matador de ballenas despertó al día siguiente, buscó la luciérnaga que dejara sobre su corazón. No estaba en su pecho, y en su lugar, una pequeña herida dejaba brotar una gota de sangre, cristalina y fresca. Un coro de cantos de muchachas le hizo salir al cami-

no. Iban todas vestidas de blanco, con celindas en la cabeza. En unas andas, entre rosas, llevaban el cuerpo de la bailarina de los verdes ojos, muerta la noche anterior.

Por vez primera en su vida, el pescador egoísta y descontento saboreó las propias lágrimas. Lleno de desesperación, decidió reembarcar.

Cuando salió de la aldea santa, el sol todo lo acariciaba blandamente. Las flores de las calles estaban más vivas y lozanas. Doblaban tan sólo a muerto las campanitas de oro.

—
Pasó otra cosecha de siglos, y la muerte, que todo lo invadía, nunca llegaba para el pescador. La sangrienta piratería que practicó mientras pudo, se hizo imposible. Los navegantes fueron cada vez más raros. Los océanos se helaron. Entonces, con su juventud inagotable, persiguió a los osos de las montañas, y se cubrió con sus pieles. Las ciudades estaban todas despobladas. Los últimos

seres humanos murieron en subterráneos y cavernas.

No había sospechado aquel hombre el dolor de ser inmortal; su sufrimiento era infinito. A veces, al recordar a la niña de la aldea blanca, lloraba varios días, sin tregua. Era espantoso ser el último habitante de la tierra, eternamente.

El mundo animal acabó. El hombre inmortal recorrió el globo; se alimentaba chupando huesos de fieras y mascando leños podridos. Para beber tenía que estrujar y fundir con las manos los pedazos de hielo. Su castigo fué atroz. Desesperado, anhelaba la muerte, esquivaba, remolona, imposible.

Los días fueron siendo más turbios y fuliginosos. El sol, agonizante, extenuado, se adivinaba en la atmósfera cenizosa como una naranja helada y marchita. Después de otros siglos más de suplicio, su luz se apagó y la noche se hizo eterna e irremediable.

El hombre impeccedero, rabioso de hambre y sed, aprendió a vivir como los topes. En una ocasión—¡oh, hallazgo!

dió a tientas con una azada herrumbosa, y su obsesión de la muerte le hizo cavar una huesa. Y se tendió en su entraña húmeda, de cara a las constelaciones que brillaban y vivía para una eternidad.

Volvió a recordar entonces las estrellas que tenía en la frente la amada, la doncella de la aldea remota; recordó aquella luciérnaga que le había dado la inmortalidad, y se golpeó el pecho con la azada y se cavó en él otra fosa. Con la mano arrancó el corazón, y su última mirada se ahogó en un deslumbramiento, porque el corazón era luminoso, espléndido, radiante; tan ardiente, que encendió la tierra de la fosa, y con ella, la comarca; después, el continente vasto, y al fin, todo el globo.

La pobre tierra difunta se incendió y deslumbró los cielos desmesurados e impenables, y en vez de ser un despojo, una ruina, se convirtió en estrella, y su luz incomparable maravilló a los mundos, último fulgor y recuerdo del prodigio de la vida y el amor humano.

Mauricio BACARISSE

MUSEO ROMÁNTICO

LO QUE DEBE SER EL HOSPICIO

LA Exposición romántica que todos hemos admirado en el local de la Sociedad de Amigos del Arte es, como ya advierten su organizador y los autores del catálogo, no una labor completa, sino el punto de partida para la formación del verdadero museo en que ha de estar recordada tan interesantísima parte de nuestra historia artística en el siglo XIX, la más interesante, ya que la segunda mitad de esa centuria quedará como representativa del mal gusto y del abandono de todo sentido estético.

El marqués de la Vega Inclán, que, a más de una nueva sala para la Casa del Greco, esa admirable reconstrucción a él debida, presenta estas tres salas románticas, de las que hace donación al futuro museo, ha tenido el acierto de fijarse en esa época de la vida española en que se verificaba la transformación de nuestra sociedad, y que por haber parecido demasiado cercana a nosotros era tan poco estudiada en sus manifestaciones de arte, lo cual hace más meritoria la labor del catálogo que de esta Exposición han hecho los Sres. Vegue y Sánchez Cantón.

El marqués de la Vega Inclán tiene el verdadero concepto de lo que debe ser un museo. Un museo solía ser una especie de almacén de objetos antiguos, algo tan frío y triste como un panteón. Pero quien ha hecho en Toledo la Casa del Greco ha demostrado cómo debe darse un aspecto de cosa vivida a las que antes no eran más que colecciones de cuadros o de esculturas, y ahora se distribuyen en aposentos con muebles y libros, con lo que la ausencia de las personas del tiempo que se quiere rememorar no parece definitiva, sino, antes bien, accidental y breve.

A la cabeza del catálogo de «Tres salas del museo romántico» publicase la instancia que el marqués de la Vega Inclán dirige al ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, ofreciendo al Estado su donación y solicitando el local adecuado para instalarla. No hay duda respecto a la ciudad española que debe albergar ese museo. Así como la Casa del Greco tenía que ser toledana, la Casa romántica debe ser madrileña.

El romanticismo, que es esencialmente literario y hace a todas las otras artes reflejo de la moda literaria, nació para los españoles en Madrid, y en la corte

de España encontró su origen Víctor Hugo, quien no hizo más que resucitar la musa de Lope, de Góngora y de Calderón. Y en nuestra villa, donde se estrenó «El Trovador» y donde, junto a la tumba de Larra, se reveló el genio de Zorrilla; aquí, donde fué creado «El Liceo», y todos, poetas y pintores, buscaron su inspiración y su notoriedad, es donde el museo romántico tiene que plasmar el recuerdo de una edad generosa llena de inquietudes y de elevación hacia el ideal.

¿Qué edificio será el destinado para este fin? ¡Ay! En buen hora venga el museo romántico si a su propio valor añade el mérito de conservar un edificio digno de ello. Este verano último nos dolíamos de la demolición de la Casa de los Salvajes, el viejo palacio de los Cardenas, en la plaza del Conde de Miranda, que pudo haberse conservado a poco que la ayuda oficial hubiera venido en su favor. Y hace pocos días comprobá-

bamos, poseídos de tristeza, cómo ha entrado también la piqueta en el antiguo palacio de los marqueses de San Vicente del Barco, la casa solariega de los Vargas, en la plazuela de la Paja, edificio además singularísimo, por tener toda su fachada de granito.

¿Qué elogios no ha de merecer, por tanto, todo esfuerzo encaminado a salvar de la ruina un monumento arquitectónico? Pide Vega Inclán para su nuevo museo la crujía del Hospicio, con que conseguirá salvarse no sólo la portada, sino la fachada entera, que es lo que importa, y lo que mi pluma ha defendido siempre. Hoy día se aprecia en toda su valor esa arquitectura típicamente madrileña que durante el siglo XIX fué moda despreciar. Los artistas se hallaban bajo la influencia de Violet-le-Duc, y los críticos influidos también por las definiciones dogmáticas de D. José María Quadrado, de modo que todo lo que no tuviera aspecto de gótico era desprecia-

ble, aunque fuese no ya el churriguerismo, que entonces se consideraba nefando, sino el más elegante clasicismo; pues el mismo Sr. Quadrado hacía la confesión de que él era cristiano antes que artista, y todo lo que no fuese la ojiva pura era, por lo visto, arte de Satanás.

En nuestros días tenemos la satisfacción de que se haya declarado monumento nacional la torre de Montserrat, en la calle Ancha de San Bernardo, monumento tan típico del riverismo, y de ver cómo una poderosa corriente de opinión se opone a que desaparezca la fachada del Hospicio. Dispóngase como se quiera del considerable terreno sobrante; pero esa crujía delantera es necesario que se conserve como precioso documento del arte de Madrid, y en ella encontrará su adecuado alojamiento el museo romántico, muy cerca de donde estuvo aquel Colegio de San Mateo en que, bajo la dirección de D. Alberto Lista, hicieron sus estudios algunas figuras del romanticismo.

Y para que, por tratarse de un museo madrileño, no se le acuse de demasiado centralizador, en esa fachada están sobre los balcones los escudos de los antiguos reinos, que se hicieron cuando Felipe V decretó que el Hospicio fuese general, y ellos significarán ahora que en esa mansión de arte tendrá su representación España entera. Y en verdad que nuestras costumbres regionales, nuestros tipos populares, nuestros monumentos más bellos y paisajes más pintorescos hallaron prestos para reproducirlos a los artistas de la época romántica. Luego, desde su hornacina, en la interesantísima portada de Rivera, San Fernando, que ya tiene bajo su patrocinio la Academia de Bellas Artes, protegerá esta nueva institución artística.

La demanda del marqués de la Vega Inclán no podrá por menos de ser atendida.

Y a su liberalidad, que ofrece ya con esas tres salas el punto de partida para el museo, que estará completo en cuanto exista el local donde ser instalado, a su ejemplar cuidado por el arte tradicional español seguramente se dará en correspondencia la redención del hermoso edificio que se pide.

Y Madrid habrá ganado de una vez dos cosas bellas.

Pedro de REPIDE

DE HORACIO

OPA XI--A Quincio Hirpino

Argumento: Pasó la juventud; recibamos la muerte con dignidad.

Quincio Hirpino, no averigües guerreras tramas de cántabros, o traiciones del scita; esos dos pueblos son bárbaros: a uno, vencen las legiones; a otro, aparta el Adriático; son las águilas de Roma las que tienen tal cuñado.

No te afanes por la vida, porque ella sigue su paso; a la juventud gallarda las canas le van restando gustoso amor, fácil sueño, cien mil deleites que callo; no siempre la primavera con flores incendia el campo; hasta la luna ensombrece a veces su disco pálido.

¿Por qué con negras ideas entenebrece el ánimo? Duermes tranquilo a la sombra de fuerte y copudo plátano, o hablemos chismes de Roma bajo este pino sentados...

Es la muerte la que llega

con sus huesos descarnados...

¡Que nos halle muy alegres y de rosas coronados! Los perfumes y fragancias en nuestros cabellos blancos, probarán a la Pelona que la estamos aguardando.

OPA XXXVII--Al fámulo

Argumento: Canta las excelencias del mirto para disipar la embriaguez; y asegura que para beber sobra la hojarasca de las coronas.

Odio, muchacho, el pérsico aparato; me repugnan coronas relamidas; no envíes emisarios que rebusquen la última rosa.

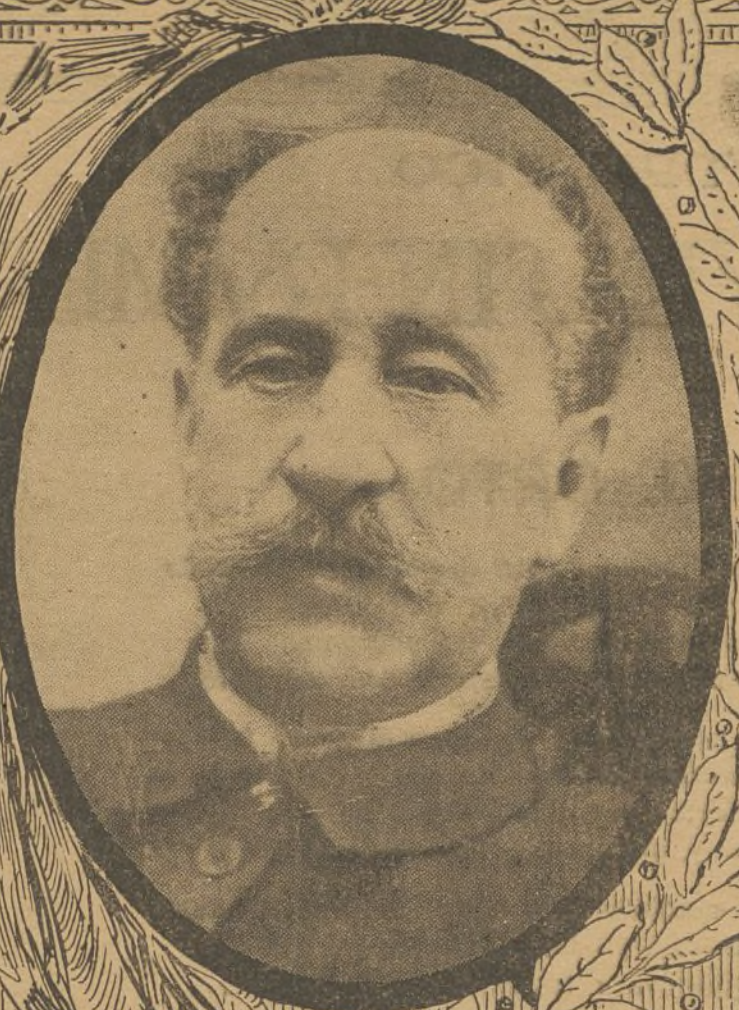
No quiero flores; trae diligente verde arrayán a Venus consagrado; me place el mirto, si a la sombra bebo de hermosa parra.

La bella diosa que naciera en Chipre calmará con su aroma la locura que de mí se apodera cuando escancias, dulce Falerno.

Por la traducción,
Rafael COMENGE

ACTUALIDAD
GRÁFICA

VILLEGAS
Y SUS OBRAS



EL ILUSTRE PINTOR
JOSÉ VILLEGAS,
fallecido en Madrid el
jueves último.



Tocadora de guitarra.



Un brindis.



Un día de juerga

Ayuntamiento de Madrid

TRÍPTICO LA-NAVE-SIN-RVMB0

- EL ORTO -

Como Fray Luis—herido de un desengaño—, anheló
una heredad humilde para acabar mis días,
con árboles frondosos, henchidos de armonías
—como Fray Luis la ansiara—, bajo la paz del cielo.

Desperezarme a poco que en el Oriente sea
una indecisa llama la cristalina aurora,
y descender al huerto—dormido en esa hora—,
que un aire fresco y puro, sin despertarle, ore.

Mirar, lejos, las cumbres que el sol tiñe de grana,
según se hace más roja la luz de la mañana
—los montes indomables e ingentes de Castilla—,

y oyendo a los rebaños salir de sus rediles,
decir, como en un rezo, los versos pastoriles
del dulce Garcilaso, postrada la rodilla.

- LA SIESTA -

Ya el sol en su alta cima, volver al hondo huerto
—jardín que alegra el caño de un fontanar sonoro—,
y allí leer, tendiéndome, las páginas de oro
de un libro, entre mis manos, como una flor abierto.

Dejar así las horas caer, lentas y graves,
sobre el silencio augusto de la abrasada siesta,
que a veces rompa, trémula, la voz de la floresta,
y a ratos, con sus trinos, insólitas las aves.

Después, como el que flota sobre el cristal de un río,
lejanas ver las nubes tras del ramaje umbrío,
mientras que el sueño invade mis ojos blandamente,

y sin soltar el libro que aun se abra entre mis manos,
oir ya en mis oídos, como el rumor lejano
de algún país de ensueños, el agua de la fuente.

- EL VÉSPERO -

Cuando la tarde ponga su lumbre en el ocaso
—volcán que incendie en llamas los amplios horizontes—,
trepar por las quebradas vertientes de los montes,
de mi bordón sirviéndome para afianzar el paso.

Sentarme en un repecho donde, al llegar, bucólicas,
las brisas de la tarde me traigan los sonidos
del llano, ya entre brumas—de un perro los ladridos,
chirridos de carretas y esquilas melancólicas—.

Doblar sobre las manos mis sienes plateadas
—Dios quiso que se vieran de nieve circundadas
cuando aun bien pudo hacerme dichoso la fortuna—,

y dándome al recuerdo de mi troncada vida,
llorar, como a una amante, mi juventud perdida
al tiempo que aparezca recóndita la luna.

Fernando LOPEZ MARTIN

Ornamentación de Monsó.



EL BOSQUE DE ORO

No vayáis al bosque de oro!—decía su mamá a Mimosa y a Clavelín—. Ya sabéis que el hada de la Nieve pasa en su carroza tirada por doce caballos blancos y se lleva a su palacio de mármol a los que la miran.

Y los dos niños prometían no acercarse al bosque de oro, que se extendía resplandeciente y magnífico cerca de la casa rosa donde vivían con su madre.

Pero Mimosa (¡las niñas son tan curiosas!) le decía a su hermano:

—¡Qué extraño debe de ser el bosque de oro! ¡Y qué bella el hada de la nieve! ¡Y qué hermoso su palacio de mármol blanco!

Y como los niños son terriblemente burlones, Clavelín se reía a parcajadas de ella y de su curiosidad.

En invierno, cuando la nieve cubría el campo, Mimosa decía (¡las niñas son tan coquetas!):

—¿Por qué no se podrá hilar la nieve como el lino o el cáñamo?

¡Qué linda estaría yo con un gorrito de nieve! Seguramente el hada sabe hilar los copos blancos en su rueca de marfil.

Y Clavelín, brusco como lo son todos los niños, hacía una bola enorme de nieve y se la arrojaba a su hermana, ¡pum!, a la nariz.

Pero un día, Mimosa habló tanto y tanto (¡ay, qué parlanchinas son las niñas!), que Clavelín se dejó convencer (¡y los niños, qué débiles!). Y los dos, cogidos de la mano, entraron en el bosque de oro. ¡Qué maravilla! El suelo era de arena plateada; las hojas de los árboles, de raso, y las frutas, de cristal. Un galope hizo retremblar la tierra, y a lo lejos vieron una carroza que llegaba tirada por doce caballos blancos.

—¡Que viene el hada!—gritó Clavelín—. ¡Huyamos!

Echó a correr; pero Mimosa sintió renacer todas sus curiosidades y quedó inmóvil, mirando. La carroza se detuvo ante ella, y el hada, maravillosamente vestida de blanco, se inclinó graciosamente, y dijo:

—Ven conmigo, Mimosa; yo hilaré para ti los copos de nieve en mi rueca de marfil.

Cuando Clavelín volvió para buscar a su hermana, ésta había desaparecido.

Más que correr, la carroza parecía volar; pasó bajo una puerta de rubíes, y Mimosa creyó estar entre las llamas; luego, bajo una puerta de zafiro, y Mimosa creyó ver abrirse el cielo; y, finalmente, bajo una puerta de diamante, y Mimosa creyó entrar en el sol.

El palacio del hada de la Nieve era de mármol blanco, y al entrar, el hada ofreció a la niña un trocito de hielo irizado. Mimosa, obediente, lo mascó ¡crac!, ¡crac! con sus dienteitos agudos, y al punto se olvidó de su madre, y de Clavelín, y de la casita rosa, y de todo. Luego, el hada se puso a hilar copos de nieve en su rueca de marfil, y regaló a la niña el gorrito soñado, un vestido

igual al gorro y zapaticos de nieve también.

A todo esto, en la casita rosa la pobre madre lloraba día y noche, y Clavelín intentaba, en vano, consolarla. Al fin, un día, el niño dijo:

—Yo iré a buscar a Mimosa y la traeré.

—¡No, por Dios!—exclamó la madre, asustada—. ¿Crees que no me basta con haber perdido a mi hija, para que consienta en perder a mi hijo también?

Pero tanto y tanto le aseguró Clavelín que volverían juntos, que al fin cedió y le dejó partir para el bosque de oro.

Y apenas llegó, oyó el galope de los doce caballos blancos, y el hada le invitó

a subir a su carroza, y pasaron por las tres puertas de pedrería; y ya en el palacio de mármol, vió a su hermana Mimosa vestida de nieve. Pero Mimosa lo había olvidado todo y no le reconoció. Y cuando él también hubo mascado el trocito de hielo encantado, también se olvidó de todo, y se sentó silenciosamente al lado de Mimosa para contemplar al hada hilar copos de nieve en su rueca de marfil.

En la casita rosa, la pobre madre estaba tan desesperada, que la Brisa, que pasaba por allí en aquel momento, la oyó lamentarse y decir:

—¡El hada de la Nieve me ha robado a Mimosa y a Clavelín! ¡Ya no los volveré a ver más!

La buena Brisa quedó aterrada; bien conocía ella a los dos niños. ¡Cuántas veces había ayudado a Clavelín en sus juegos, empujando con su soplo, en el estanque, sus leves barquitos de papel!

Y como la Brisa podía colarse en todas partes sin que fuese posible hacerla nunca prisionera, se metió en el palacio de mármol por el ojo de la cerradura, y en una sala blanca vió a los dos niños vestidos de nieve, sentados sobre una piel de oso blanco, y contemplando al hada, siempre blanca, fría y silenciosa.

La Brisa intentó cogerlos en brazos; pero era tan débil y de tan escasas fuerzas, que no lo consiguió; entonces se limitó a hacerles una suave caricia y se fué en busca de sus primos, los cuatro Vientos.

Los cuatro Vientos se hallaban en Egipto: el del Este y el del Oeste estaban sentados cada uno en lo alto de una pirámide; el del Norte estaba tumbado en la arena dorada, y el del Sur, el más joven y alegre, corría y retozaba de un lado para otro.

Acogieron muy bien a su prima, a quien querían mucho, y ella les contó la aventura y les pidió ayuda para libertar a Mimosa y Clavelín de aquella hada de la Nieve que se permitía, sin más ni más, robar los niños a una mamá.

Pero el Viento del Norte movió su gruesa cabeza y se acarició la barba, frun- diendo el entrecejo.

—Yo no estoy ya para esos trotes— declaró—. Además, temo que la temperatura de ese palacio de mármol sea perjudicial para mi reúma.

Los Vientos del Este y del Oeste, que sin duda se encontraban a gusto encaramados sobre sus respectivas pirámides, tampoco parecían muy entusiasmados; pero el Viento Sur se declaró encantado de poder favorecer a su primita y de hacer una buena acción.

—Estás loco—le dijeron sus gruñones hermanos—. Abandonar este cálido clima para ir a visitar al hada de la Nieve. Te resfriarás y te estará bien empleado, por meterte en camisa de once varas.

Mas el Viento Sur no les hizo el menor caso y partió con la Brisa, salvando en un momento pueblos y ciudades, países y océanos.

Así llegaron al bosque de oro; pasaron por encima de las tres puertas deslumbrantes, y al llegar al palacio de mármol el Viento se detuvo algo perplejo: él era demasiado gordo para colarse como la esbelta Brisa por el ojo de la cerradura, y las puertas y las ventanas estaban cerradas. Entonces se subió al tejado, y ¡pluf!, se metió por el tubo de una chimenea y llegó resoplando y haciendo un ruido de mil diablos a la habitación donde Clavelín y Mimosa, siempre sentados sobre una piel de oso blanco, seguían contemplando al hada que hilaba silenciosamente copos de nieve en su rueca de marfil.

Al ver entrar de tal forma a su enemigo, el hada se levantó furiosa y llamó en su auxilio a todos los copos de nieve que tenía de reserva en los graneros del palacio y que acudieron, llenando la habitación. Ya el Viento había cogido a los dos niños, uno en cada brazo, y, abriendo una ventana, huía por el bosque, perseguido por los copos de nieve, que, guiados por su reina, cubrían las hojas de raso de los árboles y la plateada arena del suelo con una capa blanca y suave.

Pero el Viento corría más que ellos;



depositó a los dos niños a la puerta de la casita rosa y partió a todo volar hacia el cálido país de Egipto, adonde los copos hubieron de renunciar a seguirle, porque el calor los derretía, causando en sus filas bajas aterradoras.

En la casita rosa, la mamá no se cansaba de besar a sus hijos, que habían recuperado la memoria y se alegraban locamente de verse libres de aquella hada tan bella, pero tan fría, tan blanca y tan silenciosa. ¡Nunca, nunca, volverían ellos a acercarse al bosque de oro! ¡Nunca, nunca, volvería Mimosa a desear un gorro de nieve!

Entretanto, el buen Viento del Sur se había reunido con sus hermanos; pero si los copos no habían conseguido vencerle, al menos le habían dado un terrible resfriado; y el pobre, tosiendo y estornudando, estuvo no sé cuánto rato sin poder contar su aventura; luego tuvo que envolverse en un sinnúmero de nubes, porque estaba tiritando. Menos mal que la Brisa, agradecida por su ayuda, le cuidó muy bien.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

CABALLEROS CUBIERTOS

AHORA, lector, que la previa censura ya no existe, voy a hablarte de una cosa de la que seguramente la citada doña Anastasia no me hubiera dejado hablar.

Y digo que no me hubiera dejado, porque se trata indudablemente de una de las instituciones fundamentales del Estado: me refiero a los acomodadores de teatros.

Amigo lector: ¿te has parado a pensar alguna vez en lo grave de la misión que desempeña el acomodador en las salas de espectáculos públicos? Es el guía y el mentor del espectador; el que le lleva como de la mano al sitio justo donde se propone ir; el que acude en su auxilio cuando el recién llegado a la sala—sobre todo si el telón está levantado—empieza a nadar en un mar de azoramiento y tinieblas, preguntándose con ansiedad:

—¡Dios mío! ¡Hacia donde caerá la fila once!

Porque habrán ustedes observado que en la mayoría de los teatros la fila once es la más absurda.

Yo confieso que siento una admiración profunda por estos modestos servidores del público, que aguantan a veces docientas representaciones de una comedia del alto mundo, en la que lo más bonito son los mutis. Y mi admiración ascendería a la más vívaz idolatría si hubiese manera de que al pedirles en alquiler unos gemelos, no se los diesen a usted con el cristal de un ojo más grande y más sano que el del otro. Aunque acaso por una peseta no tenga uno derecho a unos prismáticos...

Mi cariño a la clase me autoriza a formular una pregunta: ¿Por qué todavía en ciertos teatros madrileños—los menos, por fortuna—los simpáticos acomodadores son caballeros cubiertos ante su majestad el público?

Cubierta la cabeza con una gorra, que sólo se quitan cuando se alza el telón, circulan por los pasillos de butacas, pasan ante filas de señoras y abren y cierran las puertas de los palcos como empleados ferroviarios, a la salida o llegada de un tren. Y eso no está bien.

Hace algún tiempo, un escritor sagaz inició una campaña para conseguir que los caballeros del público permaneciesen descubiertos en los entreactos; estando, como están, las salas ocupadas siempre

por igual número de damas que de galanes, no había razón para que los tíos permanecieran con el cubrecabezas encasquetado hasta las orejas. La campaña tuvo éxito, como lo tienen todas las que se hacen con el sentido común por base, y hoy día es muy raro ver a un sujeto con el sombrero puesto en la sala, sobre todo en teatros de cierta categoría.

Y cuando eso ocurre, ¿no hace raro ver al acomodador con su buena gorra muy caladita, como un grande de España que acaba de obtener la venia real?

Pero hay algo más: algo que ya revisite los caracteres de lo chusco y que da lugar, algunas veces, a situaciones cómicas por demás. El Sr. La Cierva, ¡Dios lo bendiga!, dispuso que las damas acudiesen a los teatros con la cabeza descubierta, siempre que no fuesen a palcos. Aquella feliz disposición causó un vivo placer al público... y a las peinadoras. ¡Oh, las lindas cabezas de nuestras damitas, obras de arte casi todas, espléndidos mares de ébano, de oro o de marfil! Yo, desde entonces, soy ciervista.

Y esa costumbre dió lugar a un hecho que yo presencié la otra noche—y creo que no habrá sido el único—en un teatro madrileño de primera categoría, que aun conserva la costumbre de los acomodadores con gorra.

Iba a empezar la función, cuando una pareja de nobles y hermosas damas avanzó por el pasillo central de las butacas, en dirección a la fila tercera. Una de ellas, la menos joven, iba sin nada en la cabeza; pero la otra lucía un espléndido sombrero de tamaño natural, que se lo pone una tiple en el primer acto de *Tosca* y no puede entrar en la iglesia.

Ocuparon su localidad, y el señor que estaba colocado detrás de aquel biombo capilar hizo un gesto que venía a decir: —Si me quedo en mi casa esta noche, lo acierto.

Pero aquel señor era un pesimista; bien pronto, y cuando la orquesta había ya atacado el preludio, acercóse a la hermosa dama un acomodador y, cumpliendo con su deber, la dijo:

—Señora, el sombrero; haga el favor... Tiene usted que quitárselo.

Ella se le quedó mirando, inició un gesto de rebeldía y replicó:

—¿Yo tengo que descubrirme? ¿Y usted?

El buen hombre echó mano a la visera de su gorra, la arrancó — porque fué arrancarla lo que hizo —, y se marchó.

Sí, caballeros empresarios: suprimamos los cubrecabezas de los acomodadores, aunque padezcan los fabricantes de gorras.

Toda gran reforma social causa siempre alguna víctima: cuando estalló la Revolución francesa se arruinaron en veinticuatro horas los fabricantes de flores de lis.

Joaquín BELDA

BIBLIOGRAFÍA

La infatigable producción literaria y filosófica de R. Cansinos-Assens se ha acrecentado con un nuevo libro, *Ética y estética de los sexos*, en que se desenvuelven, desde originalísimos puntos de vista, bajo impecable forma y con admirables aciertos ideológicos, los hondos temas enunciados en el título.

Don Manuel R. Álvarez Puente, escritor de inquieto numen, dado al estudio y al amor de los más hondos temas espirituales, ha escrito un libro titulado *El naviero Más o La novela de la materia*, en cuya primera parte, *Los signos*, única publicada hasta ahora, se sobrepone

el pensador al literato, para interesar al lector con originalísimas teorías.

Augusto Martínez Olmedilla, uno de los cuentistas más ágiles y amenos entre cuantos cultivan el difícil género, ha coleccionado en un tomo que se titula *Primer amor, primer desengaño*, como la narración que encabeza el volumen, varias de sus más bellas producciones de esta índole.

Con notoria influencia del ambiente moderno en el sentir y en el pensar, pero con respetuosa sujeción a las clásicas normas en la limpia y tersa forma, ha publicado D. Rafael Laffón, en Sevilla, un volumen poético que se titula *Cráter: Versos de ingenuidad y de violencia*.

A su positivo valor literario une la obra la excelencia de haber sido editada con un gusto exquisito.

La llave de oro se titula una novela en que Pilar Millán Astray pone de manifiesto, a la vez que sus dotes de inspirada escritora, las delicadezas de su alma femenina, ya muchas veces reflejadas en su abundante producción literaria.

El volumen va avalorado con un retrato, en que José Clará ha sabido, con la magia de su lápiz, hacer que el espíritu de la notable artista se asome al rostro de la mujer hermosa.

Bella y lujosamente presentada por la «Editorial Galatea», se ha publicado la novela *Los millones del mar*, en que su autor, Francisco de Munsuri, revela singulares aptitudes para el género literario en que tan felizmente hace sus primeras armas.

La deliciosa colección de breves obras editadas por *La Pluma*, se ha enriquecido recientemente con dos nuevos volúmenes.

Titúlase uno de ellos *Un camarada más*; se debe a la exquisita pluma de C. Rivas Cherif, y es una encantadora novela de pequeñas aventuras sentimentales, colegidas del natural, con una moraleja antifeminista.

El otro libro, *El loco amor*, original de Ramón María Tenreiro, es la historia novelesca de la trágica pasión y muerte de dos amantes, abrasados en la misma llama que Tristán e Iseo.

Toda la producción literaria del ilustre escritor José Francés tiene una sujeción especial hecha de amenidad, belleza, sentimiento y emoción.

Así, *Sortilegio*, volumen compuesto de cuatro novelas, en la que se manifiestan distintos aspectos del celebrado literato, ofrece un encanto especial.

Sortilegio, desde su primera página, conquista la atención del lector, y las cuatro novelas de que se compone se leen sin sentir la menor fatiga y sin que en un solo momento palidezca el ingenio, la galanura y la belleza de expresión.

A nuestras manos ha llegado una interesantísima obra, titulada *La danzarina de Shamaká*.

La danzarina de Shamaká es la propia autora de este libro, la armenia Armen Ohaniam, que recorre el mundo en un triunfo de artista y atesorando las emociones y sensaciones que han de constituir luego la materia depurada de su obra escrita.

El elogio de *La danzarina*—de la mujer y del libro—nos lo ofrece Anatole France en carta dirigida a esta singular mujer de Oriente. Dice el maestro: «El encanto que sus miradas y movimientos difunden los ha trasladado usted a sus descripciones y recuerdos. Yo no sé qué

arte sutil se oculta bajo su naturaleza perfecta; pero usted ha sabido pintar con una sola palabra las albas y los atardeceres del Cáucaso y revelar mil secretos de la Naturaleza y de la Vida.»

López de Saa es uno de los escritores de la nueva generación que más pronto han conquistado la estima de la crítica y el favor público. En él se hermanan el interés de la acción, la vivacidad del diálogo y la elegante naturalidad del estilo. Estas cualidades resaltan depuradas en la novela que acaba de aparecer, *Carne de relieve*, historia—más que novela—de emoción intensa, cuatro vivo de la realidad, de estructura estética impropioachable.

La Editorial Mundo Latino ha publicado últimamente *Su eminencia gris*, de Adrien Guignery; *Aurelia*, de Gerardo de Nerval; *Los amores de Artagnan*, de Adrien Guignery; *El bandido ruso*, de Puchkin; *Hermann y Dorotea*, de Goethe, y *Espantables aventuras de un fanfarrón*, de W. M. Thackeray.

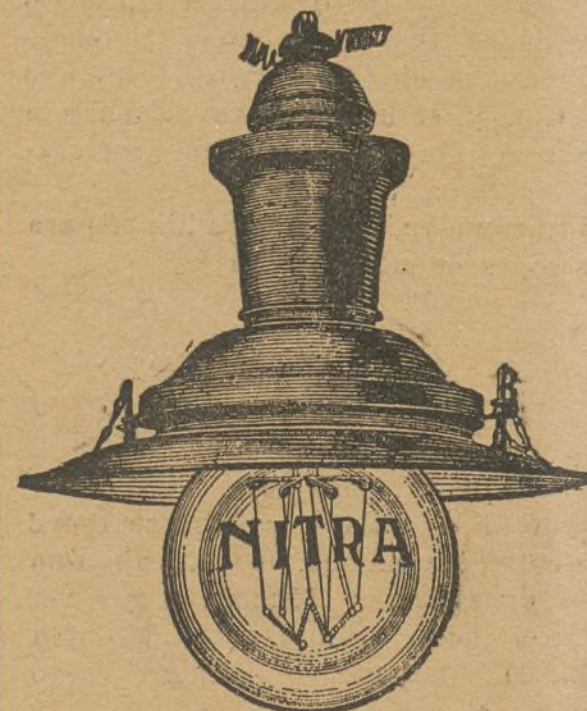
La Biblioteca Plon, de París, ha publicado en el mes de septiembre *Nouveaux pastels*, de Paul Bourget, y *Flaviana, princesse*, de Daniel Lesueur.

EDITORIAL MUNDO LATINO

	Pesetas.
GJELLERUP: (Premio Nobel.)	
<i>El peregrino Camanita</i> (novela	
legendaria)	4,50
JOSE FRANCES: <i>Sortilegio</i> (no	
vola)	4,50
“EL CABALLERO AUDAZ”: <i>Lo</i>	
<i>que sé por mí</i> (Confesiones del	
siglo)	5,00
ARMEN OHANIAM: <i>La danzarina</i>	
<i>de Shamaká</i> (Visiones de	
Oriente)	4,50
LOPEZ DE SAA: <i>Carne de relieve</i>	
(novela, 2.ª edición)	4,50
La Biblioteca Universal para todos, a	
una peseta el volumen, se ha enriquecido	
con las <i>Aventuras de un viajero</i> , del	
gran escritor “Washington Irving”, sólo	
conocido en España por sus famosos	
<i>Cuentos de la Alhambra</i> .	
Pedidos: Sociedad General de Librería,	
y Yagües, Caballero de Gracia, 28.	
Envíos contra mandato.	

LAMPARA NITRA

A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.

Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.
MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

**LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES**
Fábrica: **PACIFICCO, 12**
TELÉFONO M 17-65

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID

 **GRAN SALDO DE PIELS**
confeccionadas y para confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.
**HORTALEZA, 82
LA ESTRELLA**

ESMALTE ORO "EL SOL"
para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

Pedid Coñac Lion d'or

N. EVA DROGUERIA Y PERFUMERIA
CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONOMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie
Les Petits Suisse.
Fernando VI, 17



PUEBLA DE ALMORADIÉL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

MOTOCICLETAS ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LICOR MARIA GUERRERO
ANISADOS Y LICORES fabricados por
= **MANUEL M. CID** =
Constantina (Sevilla)
Admito buenos representantes

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—**Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.**

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269
Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MAN-TONES DE MANILA.**
SAN BERNARDO, 1.

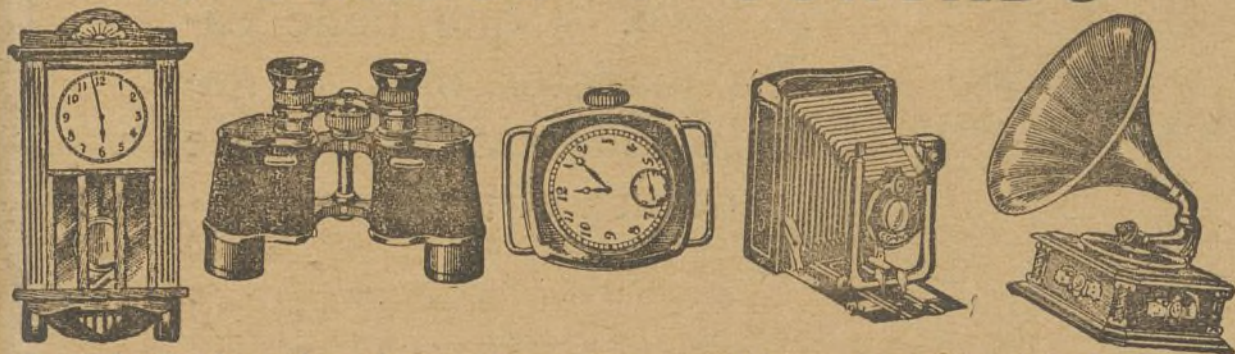
LA HIGIENE DEL FUMADOR

LOS MEJORES TUBOS EMBOQUILLADOS PARA CHARRILLOS, POR SU EXCELENTE FABRICACIÓN MECÁNICA Y SUPERIOR CALIDAD EN LOS PAPELES EMPLEADOS
DE VENTA EN TODOS LOS ESTANCOS Y AL POR MAYOR EN LA CALLE DEL PRADO, 9



"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

A PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.—Gemelos prismáticos.—Cámaras fotográficas. Aparatos parlantes.—Pedid catálogos a **BERGARA y COMPAÑIA**.—Idiazquez, 6.—San Sebastián.

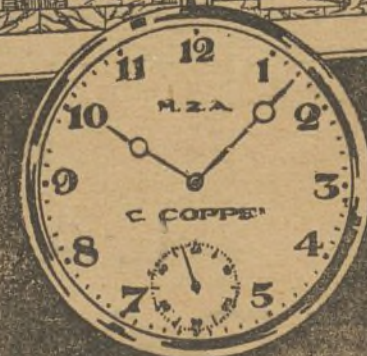
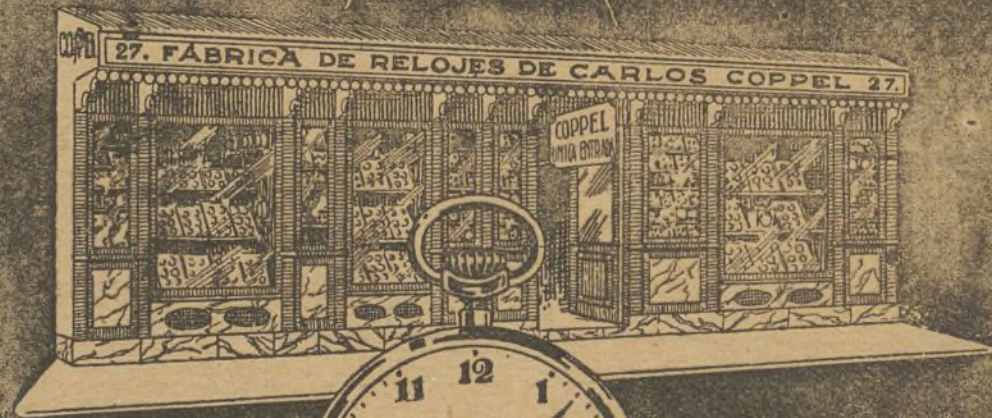
PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

ALFONSO FOTÓGRAFO
FUENCARRAL 6 MADRID
TOLEDO 63 MADRID

CARLOS COPPEL



FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL, 27 — MADRID

CERTIFICADO DE
GARANTÍA CON
CADA RELOJ

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.



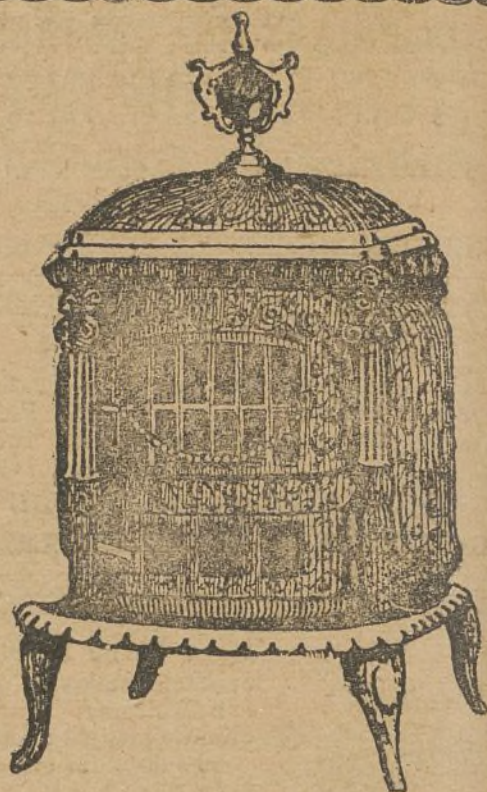
Estufas de todas clases y en todos los tamaños AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tifo
PARA COX, ANTRACITA Y LENA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,
VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — teléfono 986

PIDASE EL CATALOGO ILUSTRADO



LA
MÁQUINA
PARA ESCRIBIR

ROYAL

Es la preferida en todos los Centros oficiales y grandes Casas de comercio y banca, Empresas periodísticas y Compañías : : de ferrocarriles : :

60.000 máquinas en uso en toda España

Concesionarios exclusivos para España y Colonias:

TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. • BARCELONA: Pelayo, 62.
VALENCIA: Paz, 17. • SEVILLA: Rioja, 14.
BILBAO: Escruza, 6.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo ó durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1.50.- Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

AGUAS DEL INCIO LA MEJOR DE MESA BÓVEDA (Lugo)

CANSECOL

Es el mejor, mas poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

-- De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --